LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 18 DE FEBRERO DE 1889 — NUM. 373

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA ARCHIDUQUESA ISABEL

S. A. I. Y R. EL PRÍNCIPE HEREDERO RODOLFO DE AUSTRIA

LA ARCHIDUQUESA ESTEFANÍA, *esposa del príncipe Rodolfo*

EL ARCHIDUQUE CARLOS LUIS, *presunto heredero de la corona de Austria-Hungría*

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

RETRATOS

del príncipe Rodolfo de Austria, de su esposa é hija, y del archiduque Carlos Luis

La prensa diaria ha venido ocupándose tan detenidamente de la muerte del príncipe heredero de la corona del imperio austro-húngaro, desde el 30 de enero último en que ocurrió tan trágico suceso, que juzgamos á nuestros lectores perfectamente enterados de las diferentes versiones que acerca de él se han hecho circular, ninguna de las cuales es la expresión fiel y exacta de la verdad, en sentir del pueblo vienés, que sigue viendo en dicha muerte un acontecimiento rodeado de circunstancias contradictorias y misteriosas que el tiempo sólo se encargará de revelar, ya que por ahora razones de alta política se oponen al parecer á ello.

El príncipe Rodolfo contaba poco más de treinta años, puesto que había nacido el 21 de agosto de 1858. Casado en 10 de mayo de 1881 con la archiduquesa Estefanía Clotilde Luisa Herminia María Carlota duquesa de Sajonia, nacida el 21 de mayo de 1864 en el castillo de Laeken, é hija del rey de Bélgica Leopoldo II y de su esposa la reina María Enriqueta, archiduquesa de Austria, ha tenido de su matrimonio con esta princesa una sola hija, la archiduquesa Isabel María Enriqueta Estefanía Gisela, que nació el 2 de setiembre de 1883.

El príncipe austriaco había recibido una educación esmerada; y declarado mayor de edad en 24 de junio de 1877, entró en el servicio militar activo en igual mes de 1878, habiendo sido promovido en setiembre de 1880 al grado de Mayor general y de contra-almirante. El 16 de abril de 1881 se le nombró jefe de la 18.ª brigada de infantería en Praga, y en 1883 ascendió á Feldmariscal teniente y vice-almirante, asumiendo el mando de la 25.ª división del ejército en Viena. Era además coronel del 2.° regimiento de artillería, de otro de lanceros, y de otros tres extranjeros, prusiano, bávaro y ruso.

Pero más que soldado, era por sus gustos, inclinaciones y estudios, hombre de ciencia, notable lingüista, excelente juez en materias de arte, sobresaliente ornitologista y estudioso aficionado en las demás ramas de Historia natural. Manifestaba además especial interés por la literatura, habiendo escrito varias obras, particularmente relatos de sus muchos viajes. Había emprendido la publicación de una voluminosa obra titulada: *Austria-Hungría, descrita y dibujada* y él mismo atendía cuidadosamente á su impresión.

Habíase hecho sumamente popular en todo el imperio, y por su afabilidad y llaneza se hacía querer de cuantos personalmente le conocían.

Aunque el difunto príncipe deja una hija, como la constitución austriaca determina expresamente que sólo ciñan la corona las hembras á falta de heredero varón, hoy el presunto heredero imperial es el archiduque Carlos Luis, hermano del emperador, nacido el 30 de julio de 1833, el cual tiene tres hijos, Francisco Fernando, de 26 años de edad, Otón de 23, y Fernando Carlos, de 20. Háse asegurado, aunque no hemos visto confirmada oficialmente la noticia, que el archiduque Carlos Luis ha hecho renuncia de sus derechos al trono en favor de su hijo mayor.

Este archiduque es general de caballería y propietario del regimiento de lanceros n.° 7, jefe del regimiento de lanceros rusos de Lubny n.° 8 y propietario del regimiento de lanceros prusianos n.° 8. Está casado en terceras nupcias con la archiduquesa María Teresa, hija del difunto infante D. Miguel de Portugal.

AMORES CAMPESTRES, cuadro de F. Zonaro

Los cuadros de este artista véneto-napolitano representan siempre escenas de costumbres familiares, tomadas de la vida del pueblo de Venecia y de Nápoles. Una de ellas es el asunto de nuestro grabado en que dos campesinos, él y ella, tienen una entrevista en el campo, entregándole el galán á su amada, á falta de anillo de prometida, una flor. Un vallado los separa, pero el señor cura se encargará presto de allanar con su bendición este y otros obstáculos que á la felicidad de ambos jóvenes se opongan.

LOS VIGIAS, cuadro de E. Renouf

(Salón de 1888*)*

Este cuadro, que ha tenido el privilegio de atraer las miradas de cuantos, inteligentes ó profanos, han visitado el último Salón ó Exposición de Bellas Artes de París, es una prueba de la predilección que muchos pintores franceses dedican á los asuntos de mar y del acierto con que han llegado á tratarlos. Verdad es que esos tipos especiales, llamados por nuestros vecinos *lobos de mar*, se prestan admirablemente al estudio, y que tanto por sus caracteres físicos cuanto por sus rudas, aunque excelentes y nobles prendas morales, son dignos de la reproducción por el pincel ó el buril.

Que Renouf ha merecido el aplauso obtenido por este lienzo lo afirmará cualquiera al contemplar sus dos únicas figuras, trazadas con pincel tan enérgico, vigoroso y seguro como energía, vigor y seguridad se revela en los dos viejos marinos, curtidos en su constante lucha con los elementos; y si á esto se agrega que el hábil buril de Baude ha sabido imprimir al grabado las mismas recomendables cualidades que avaloran la obra del pintor, se convendrá en que esta lámina, en su misma sencillez, es una de las que adornan dignamente las páginas de cualquier publicación ilustrada.

SUAKIN

Esta ciudad, llamada por los árabes Savakin, palabra formada, según dicen ellos, de *sava* hecho, construído, y *gin*, espíritu maligno, diablo, es el puerto principal de exportación é importación del dilatado país conocido con el nombre de Sudán, perteneciente antes al Egipto, pero desde 1881 en poder del mahdi Mohamed Ahmed «el falso profeta» y de su general más temible, Osmán Digna, que si bien hijo de Suakin, pero descendiente de una familia árabe, ha jurado arrasar su ciudad natal y hacerla desaparecer de la superficie de la tierra.

Suakin, el único punto que de todo el Sudán ha quedado en poder del Egipto, está construído principalmente en una isla coralígena de 4 kilómetros escasos de perímetro, y separado de tierra firme por un brazo de mar poco profundo, de 100 metros de ancho y hoy atravesado por un dique que une la ciudad al continente africano. En la tierra firme está el arrabal Gef, punto de arranque de las dos grandes vías de comunicación del Sudán, una de las cuales se dirige por el Este, á Berber, lugar ribereño del Nilo, por el cual sostiene el comercio relaciones con Jartum (Khartum), capital del Sudán, yendo la otra por el Sud, á Casala, Kedarif y Galabat en la frontera de Abisinia.

Suakin y su arrabal Gef tienen hoy juntos una población de 5000 almas aproximadamente, pero el comercio es casi nulo desde la sublevación del mahdi. Antes, y principalmente desde 1870 hasta 1881, era grande el movimiento y la prosperidad, y millares de camellos cargados de goma, pieles, café, marfil, plumas de avestruz etc., llegaban allí continuamente, aunque con mayor frecuencia antes de la época de las lluvias en el interior, y regresaban con cargamentos de productos europeos, en primera línea tejidos de algodón y ferretería. De esto puede inferirse cuáles han de ser los elementos de la población, bajo todos conceptos muy pintoresca, teniendo en cuenta además de lo dicho la proximidad de los santos lugares del mahometismo, Meca y Medina, y sobre todo las relaciones activas entre Suakin y Djedda, el puerto de la Meca. La población europea es poco numerosa y consiste hoy, como en todo el Oriente, en griegos, en cuyas manos estaba antes el pequeño comercio de todo el Sudán, á los cuales se agregaban los comerciantes al por mayor, griegos, italianos y franceses; hay además los agentes de las líneas de vapores que tocan en Suakin, y empleados europeos al servicio del gobierno egipcio, en su mayor parte ingleses. La población mahometana se compone principalmente de funcionarios civiles y militares egipcios, de comerciantes al por mayor y de traficantes árabes, algunos de ellos riquísimos, pero cuyas ganancias han sufrido notable menoscabo desde que la principal fuente de su riqueza, el tráfico de esclavos, ha desaparecido, ó poco menos, en esta región africana: Osmán Digna desciende, según hemos dicho, de una familia de pequeños traficantes árabes, como ya lo indica la casa de sus padres, representada en nuestro grabado, á los que arruinó completamente la supresión del comercio de seres humanos.

La población indígena la forman bodjas, raza originaria de Africa, aunque se presumen descendientes de árabes. Las numerosas tribus bodjas, entre las cuales figuran también los bicharines y los hadendoas, de los cuales reproducen algunos tipos nuestros grabados, y que dan al mahdi y á su general Osmán Digna el contingente principal de su gente armada, dominan, haciendo vida semi-nómada, al Norte de Suakin hasta la frontera del Egipto, propiamente dicho.

Muy diferentes de los bodjas son los nubios, cazadores de esclavos por excelencia, y los enemigos mas temibles del gobierno egipcio, por cuanto entre ellos se encuentran disueltos los antiguos y excelentes regimientos nubios del Egipto, que acaban de dar tanto que hacer á los defensores de Suakin, así por su valor é instrucción militar, como por la pericia de sus oficiales, negros también, los cuales han sabido dirigir con notable acierto el reciente sitio de Suakin, y tanto, que sus trincheras llegaban ya á 900 metros de los pozos donde los habitantes de la ciudad se proveen de agua potable, y que están situados á 5 kilómetros de la ciudad, en el lecho de un torrente, y defendidos por el «fuerte de aguas» que se ve en otro de nuestros grabados. Ocupados estos pozos por las fuerzas del Mahdi había de rendirse la ciudad; y así habría sucedido sin la llegada oportuna de refuerzos ingleses con cuyo auxilio fueron rechazados los sitiadores después de combates en extremo encarnizados y sangrientos. No por esto renuncian los sudaneses á la recuperación de Suakin ni á la guerra, hasta que se llegue á una solución, ya sea reconociendo el Egipto la independencia del Sudán ó bien reconquistando este país, empresa ardua y problemática en extremo.

SALIENDO DEL BOSQUE, cuadro de A. Moore

Una de las galerías de pinturas que han alcanzado mayor renombre en Inglaterra por el número y excelencia de sus cuadros, es la que posee en Kensington Mr. Humphrey Roberts. Entre los cuadros que llaman la atención en ella, no por sus dimensiones ni por la grandeza del asunto, sino por la delicadeza del dibujo y del colorido y por la frescura y lozanía de que parece impregnado su ambiente, figura el que reproduce nuestro grabado. Tres bellas y juguetonas doncellas, que pudieran tomarse por los últimos destellos de esa edad de oro tan celebrada por pintores y poetas, corren y triscan por ameno bosquecillo; una de ellas, después de saltar la valla que lo separa de la inmediata campiña, se recoge la holgada túnica para continuar por el llano sus alegres escarceos, mientras sus lindas compañeras se deslizan ágiles por aquel obstáculo procurando seguirla en su carrera.

En este lienzo de Alberto Moore es sobre todo de admirar la atrevida composición de los paños de las tres figuras, así como la frondosidad del ramaje del fondo, detalles ambos que ha tratado el artista con sumo acierto.

ESTUDIO DEL NATURAL, dibujo de A. Fabrés

Propiedad de la Excma. Diputación de Barcelona

Son tantas las veces que hemos tenido ocasión de honrar nuestras páginas con los trabajos de este distinguido artista, que ni necesitamos encomiarlos nuevamente, ni llamar hacia ellos la atención del lector, seguros de que éste fijará instintivamente sus ojos en los que le vamos ofreciendo con tanto detenimiento como complacencia.

Por esto al incluir hoy en nuestro número otro de sus bellos estudios, debidamente autorizados por la corporación á que pertenece, nos limitamos á decir: es de Fabrés, y esto basta.

ISAAC PERAL y el submarino de su nombre

No nos proponemos escribir la biografía del hombre ilustre cuyo nombre pronuncian hoy con respeto millones de labios, ni trazar la descripción de su prodigioso invento en el que tiene puesta su atención el mundo entero: una y otra han sido publicadas recientemente hasta la saciedad y por esto hacemos de ellas gracia á nuestros lectores.

Nos proponemos únicamente rendir un tributo de admiración al sabio que ha consagrado su existencia al estudio y solución de uno de los más difíciles y trascendentales problemas de la moderna ciencia y al español entusiasta que despreciando cuantiosas ofertas ha querido que su obra sea de España y sólo para España. ¡Loor á Peral!

Dotado de una inteligencia privilegiada y de una voluntad de hierro, y poseído de una fe ciega en el éxito de su empresa, ha trabajado y trabaja sin cesar movido por esa fiebre del genio que acalla y sujeta á las más apremiantes necesidades de la materia. Mas no se crea que trabaja con el ansia del que duda, con la desesperación del que ve objeto de conmiseración, sino de burla, lo que un día fué ardoroso ensueño, más tarde proyecto factible, es hoy realidad probable y mañana hecho práctico y consumado: no, Peral no trabaja con la excitación del que espera sino con el afán del que está seguro y quisiera dar alas al tiempo y ver terminados por encanto los múltiples trabajos materiales cuya complicación y delicadeza retardan el momento del triunfo decisivo; Peral tampoco lucha con incrédulos sino que dispone de fanáticos.

No hemos de entrar aquí en discusiones sobre excelencias ni prioridades; no hemos de investigar si el invento de Peral merece más ó menos atención, más ó menos aplausos que el de Monturiol; no hemos de analizar las causas que malograron el de éste ni las que han fomentado el de aquél: el templo de la gloria es tan grande que no se ha llenado todavía ni se llenará jamás, ha dicho en su obra maestra el mejor de los autores dramáticos contemporáneos. No nos parece oportuno en este momento evocar recuerdos que podrían ser interpretados como deseo de escatimar aplausos, cuando es más preciso, por lo mismo que el instante es supremo, asociarnos incondicionalmente al entusiasmo en que se agita la nación española.

Sí, aplaudamos todos al ilustre marino: los creyentes venerando al descubridor de nuevos mundos, los incrédulos respetando y honrando al hombre de ciencia, al joven estudioso que sustrayéndose al ambiente de apatía por desgracia reinante en nuestra patria, ha robado horas al descanso y á los placeres para consagrarlas á científicas especulaciones.

¿Hay que esperar para entusiasmarse á que las próximas pruebas den un resultado plenamente satisfactorio? No es así como doña Isabel la Católica llegó á ser dueña del Nuevo Mundo.

¡Entusiasmémonos, sí! que el pueblo que siente y siente con energía no ha llegado al estado de postración en que muchos le suponen, y si es capaz de grandes calaveradas, es también capaz de grandiosas epopeyas.

Si Peral vence será una gloria universal; si resulta vencido, nadie le disputará el título de gloria nacional que ha sabido adquirir legítimamente con su talento, con sus estudios, con su abnegación y con su patriotismo.

¡Gloria á Peral! digamos mientras nos preparamos á exclamar: ¡Gloria al inventor de la navegación submarina!

SUPLEMENTO ARTISTICO

MÚSICA Y VINO, cuadro de Francisco Vinea

¡Cuán diferentes de los actuales eran aquellos tiempos, cuán distintas también las costumbres, para los soldados que combatían bajo las enseñas de los *condottieri* italianos! No conocían cuartel ni alojamiento; se reclutaban entre los hombres que se distinguían por lo levantiscos, violentos ó pendencieros, ó entre los campesinos que aborrecían el freno de la autoridad, ó soñaban aventuras ó preferían á la servidumbre social el único freno eventual de la disciplina militar en el día de la batalla. Rara vez cobraban una paga, pero á menudo se enriquecían con el saqueo y el pillaje. Terminada una campaña, se preparaban á otra, consumiendo las riquezas mal adquiridas en burdeles y tabernas, apurando botellas de buen vino y cortejando á las muchachas, como el apuesto soldado de Vinea, que entona alegres canciones á la graciosa hostelera, canciones expresadas quizás en el libre lenguaje de los campamentos.

El pintor italiano es uno de los artistas contemporáneos que más se distinguen en el género histórico, pues además de sus especiales conocimientos en indumentaria, siente, por decirlo así, el colorido, y sus composiciones se hacen altamente simpáticas por el vigor de su pincel y su sabor local.

UN PETARDO EN EL SIGLO XVII.

Hoy, que tan grande y fundado sobresalto ha producido en la corte y en otras poblaciones, entre ellas Barcelona, la explosión de mortíferos petardos, y cuando hasta dentro del palacio real han llegado á estallar, no será fuera de propósito referir lo que aconteció en el reinado de Felipe IV con uno de aquellos terribles artificios, que estuvo á punto de reventar en otro palacio real y en cuyo atentado el *petardero* fué nada menos que un grande de España.

Los continuos desastres que cual no conjurada tormenta caían sobre la monarquía española hicieron á Felipe IV destituir á su gran valido el Conde-Duque de Olivares, en 23 de enero de 1643, sucediéndole en la dirección de los negocios su pariente D. Luis Méndez de Haro, marqués del Carpio, hombre que suplía en cierto modo con el buen deseo, las dotes de gobierno de que carecía.

El Rey, de quien debía proceder en aquel gobierno toda enérgica decisión, seguía divertido de los negocios de Estado, entreteniéndose con los fútiles pasatiempos de la corte, que si durante la privanza de Olivares éranle por éste cautelosamente y sin tregua presentados, en la del de Haro no carecían de mantenedor, siéndolo su propio hijo el marqués de Liche, quien, acaso por aquel medio quería granjearse el favor del monarca, poniendo el blanco de sus deseos en la privanza para después de los días de D. Luis, si es que, á semejanza de lo que aconteció en el anterior reinado, no maquinaba, como el duque de Uceda hizo, relevar á su propio padre; que para todo podían darle aliento su propia ambición y los ejemplos extraños.

Ello era que el marqués de Liche pasaba por alma de todos los festejos de la corte, y que no se hablaba de continuo en ella más que de las comedias, fiestas campestres y de todo género, en que el desatentado mozo consumía enormes sumas, como por ejemplo en la comedia que para agasajar á los monarcas hizo dar en el real sitio de la *Zarzuela*, donde á 17 de enero de 1657 se puso en escena *El Golfo de las Sirenas*, drama lírico, ó *zarzuela*, de Calderón, que por representarse en aquel palacio tomaron tal nombre ese linaje de obras teatrales.

Costó la fiesta 16,000 ducados (1), dándose una comida de mil platos, para la que sólo una olla enorme, como una tinaja muy grande, coció en su seno manjares que se calculó costaron 8,000 reales.

Este gasto lo pagó, por orden del marqués de Liche, el conde de Pezuela. No era éste un señor de antigua prosapia, sino simplemente un acaudalado banquero ó asentista genovés, heredero del famoso Bartolomé Spínola, que murió á 16 de febrero de 1644 (2), y había con-

(1) Bib. Nac., ms. M. 100.
(2) Avisos manuscritos de D. José Pellicer y Tovar.—Bib. Nacional. – H. 135.



AMORES CAMPESTRES, cuadro de F. Zonaro

seguido aquel título como premio que también logró entonces otro no menos rico prestamista genovés, Ottavio Centurión, á quien hicieron marqués de Monesterio.

La comedia burlesca que se hizo á los reyes en el Buen Retiro, la velada de San Juan de 1655, había costado en ayuda de costas, vestidos, meriendas y limonadas 100,000 reales, y no contento con esto el de Liche, hizo que pocos días después, á 10 de julio, se representase al rey, que aun permanecía en aquel real sitio, otra comedia, en que los cómicos eran toscos labradores de Jetafe, á quienes al efecto se dió galas, mucha vitualla y se los llevó en coche.

Para la comedia que por las carnestolendas de 1656 dispuso el citado Liche, pidió á éste el tramoyista italiano Luis Baggio, sólo para perfeccionar la maquinaria y apariencias, 30,000 ducados.

Estos, pues, eran los principales títulos con que Liche creía que tenía derecho á obtener el puesto de favorito del monarca, cuando á 17 de noviembre de 1661 aconteció la muerte de su padre el marqués del Carpio.

El joven Liche, que merced á los obsequios referidos había recibido del Rey pruebas de visible deferencia, como lo fué el haberle conferido la grandeza de España por gracia personal, sin que tuviese que aguardar á heredarla de su padre, debió concebir lisonjeras esperanzas del logro de sus deseos, pero le minaban el terreno su pariente el conde de Castrillo y el duque de Medina de las Torres.

Por el mes de enero de 1662, es decir, á poco de muerto D. Luis de Haro, sonó mucho por la corte una farsa ridícula, en que acaso tuvo no poca parte la ambición de los que solicitaban el codiciado puesto que dejara el difunto marqués.

Dióse en decir que alguna persona interesada en ganarse la buena voluntad de Felipe IV, había recurrido al entonces tan abominable y reprobado medio de los hechizos, cosa fácilmente hacedera, según la general superstición del siglo.

Afirmábase que se había tratado de hechizar al Rey, preludio infame de lo que años adelante se hizo con el mísero Carlos II, y con motivo de esto hiciéronse pesquisas en Madrid, siendo tan afortunados los pesquisidores que, en efecto, dieron con los culpables y con la materia del hechizo.

Eran aquéllos marido y mujer, á quienes se cogieron *nóminas*, es decir, conjuros escritos, con cuya irrecusable prueba fueron metidos en las prisiones de la Inquisición, que se encargó del asunto, como de su especial competencia, por ser negocio que á las cosas de fe atañía (1).

Entre tanto los oficios que el marqués del Carpio había dejado vacos se distribuyeron entre el cardenal Sandoval, el conde de Castrillo y el duque de Medina de las Torres, y viendo el marqués de Liche que en el reparto no se había contado con él, pretendió ya descubiertamente el cargo de Chanciller mayor del Consejo de Indias, y ser de la Cámara del mismo, cosa que sus émulos no le dejaron alcanzar, por lo que se dió por muy resentido, así que por el mes de enero de 1662 trataba con calor de retirarse á sus estados (2).

A tal extremo habían llegado las cosas, cuando á fines de febrero de aquel año llenó de consternacion y terror á los leales súbditos de Felipe IV el sacrílego atentado cometido contra su persona, frustrado por providencial designio.

Cierto que ya la historia patria registraba como regicida, sin remontarse á la monarquía goda en la que tal delito no fué raro, á Bellido Dolfos, y en más modernos tiempos un hombre tenido por loco, hirió, aquí en Barcelona, gravemente en el cuello al católico rey D. Fernando, pero la lealtad de luengos años había restaurado el crédito que aquellos hechos pudieran mermar, y la nación toda supo con espanto la horrible maquinación tramada contra Felipe el Grande.

En el coliseo del *Buen Retiro*, lucido anfiteatro de aquel suntuoso palacio, debajo de su tablado, fué hallada la terrible máquina que había de privar al Rey de la vida.

Consistía aquélla en tres papelones (petardos que diríamos hoy) rellenos de pólvora, colocados de trecho en trecho, con regueros de comunicación de unos á otros, que todo sería *poco más de tres libras*, y una cuerda de mecha de arcabuz que comunicaba con el primer papelón.

Fortuna fué no pequeña que la mecha se apagó tan oportunamente, que habiéndose llegado á chamuscar el envoltorio de la pólvora, no prendió ésta sin embargo.

El criminal había colocado el maléfico artificio entre las tramoyas de una comedia de *apariencias*, ó como hoy se dice, de *espectáculo*, que debió ser, ó bien *Auristela y Lisidante*, ó acaso *Celos, aun del aire, matan*, ambas de Calderón, y que por prestarse sus asuntos mitológicos al aparato escénico, se representaron en el coliseo del Buen Retiro en un carnaval, que con algún fundamento puede creerse fuera el de 1662 (3).

Apenas se tuvo noticia de tal maldad, encomendóse á un miembro del Consejo de Castilla que inquiriese quién pudiese ser el autor y desde luego se redujo á prisión á cinco personas, una de las cuales era el cómitre de los moros que estaban como esclavos al servicio del Buen Retiro y á uno de los moros.

Poco rato hacía que el alcaide había recibido en la cárcel á los presos, cuando sigilosamente se le presentó un paje del marqués de Liche, que de parte de éste le entregó cincuenta doblones de á ocho, y le ofreció 4,000 ducados más si daba muerte secreta al moro, pinchándole con un alfiler impregnado en el contenido de un cuernecillo que llevaba.

Comprendió el alcaide lo grave del caso, ofreció hacer lo que de él se quería, pero, sin soltar al paje, fué inmediatamente á dar conocimiento del hecho al juez de la causa.

Este, que lo era don Gaspar de Sobremonte, oidor del Consejo Real y del de Italia, fué acto continuo á referir lo averiguado al Rey mismo, con lo que demostraba de paso el buen resultado que había dado la oferta hecha de 1000 doblones al que descubriese al autor (procedimiento también copiado, á lo que parece, modernamente), si bien el alcaide había protestado que no lo hacía por la miserable remuneración de la denuncia, sino por su adhesión á la real persona.

Grandes fueron el asombro é indignación que el Monarca sintió al saber la nueva y fué fama que mirando á un crucifijo exclamó:

–¡Juro por el alto Dios que de esta vez han de tener fin estas cosas!

Acto continuo mandó, por orden firmada de su mano, proceder á la prisión de Liche.

Gracias sin cesar daba el Rey al cielo y muy en especial á la Inmaculada Concepción, á cuyo favor atribuía su salvación, en premio de su ahincado empeño con la Corte Romana para que declarase su intento, relativo á tal misterio.

Vigorizaba su piadosa creencia la circunstancia de que para celebrar la bula expedida respecto á aquel asunto por el pontífice Alejandro VII, se había verificado pocos días antes, el 22 y 23 de febrero, una solemne función religiosa á expensas del Supremo Consejo de Aragón, en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, pocos años antes acabado de construir (4).

La función había sido magnífica, con asistencia del Consejo pleno y la música de la Real Capilla, que cantó romances en castellano, alusivos al objeto, cuyas agudezas al estilo conceptuoso de la época, fueron muy celebradas.

Como la fiesta era costeada por el Consejo de Aragón, encargóse el sermón á un zaragozano, el Padre Pedro Francisco, que era predicador de S. M. y tenía gran crédito de elocuente y docto, y se solemnizó por las noches con fuegos de artificio y muchas luminarias.

Entre tanto que por orden del Rey se tomaban las disposiciones dichas, inquietábase el marqués de Liche con la tardanza del paje, y haciéndole recelar la intranquila conciencia que le hubiese vendido, fuése á casa del presidente del Consejo de Hacienda don Juan de Góngora, á quien reveló el suceso, si bien alegando que su objeto no era atentar contra la vida del Monarca, sino tan sólo quemar las tramoyas teatrales de la comedia, porque habiéndole costado tanto dinero, iba á lucirse con ellas su afortunado competidor, el duque de Medina de las Torres, lo que había pretendido estorbar.

Conoció el buen presidente la gravedad del caso y no pudo menos de exclamar:

–¡Qué es lo que refiere Vuecencia! ¡Desdichado de él y de la casa de don Luis de Haro, mi señor!

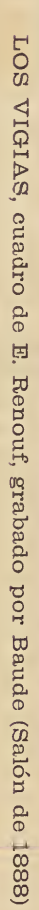
Después le dijo vería si había algún remedio para ellos y con este objeto se dirigió Góngora á casa del conde de Castrillo, presidente de Castilla y tío de Liche, y le refirió la revelación de éste.

Aterrado quedó el conde, y aun cuando eran más de las once de la noche, hizo llamar al secretario del despacho don Luis de Oyangúren para que inmediatamente

(1) Bib. Nac. – ms. H. 99.
(2) Bib. Nac. – ms. H. 99.

(3) Según el «Catálogo cronológico de las comedias de don Pedro Calderón de la Barca» formado por el erudito don Juan Eugenio Hartzenbusch, las referidas comedias se representaron en un carnaval que no fué posterior al del mencionado año.

(4) Es el templo que hoy se conoce por *San Isidro*, cuya advocación tomó por disposición de Carlos III á la expulsión de los jesuítas. Su fábrica suntuosa terminó en 1651. Hoy, pasando por otra nueva modificación, se halla convertido en catedral de la reciente diócesis madrileña.



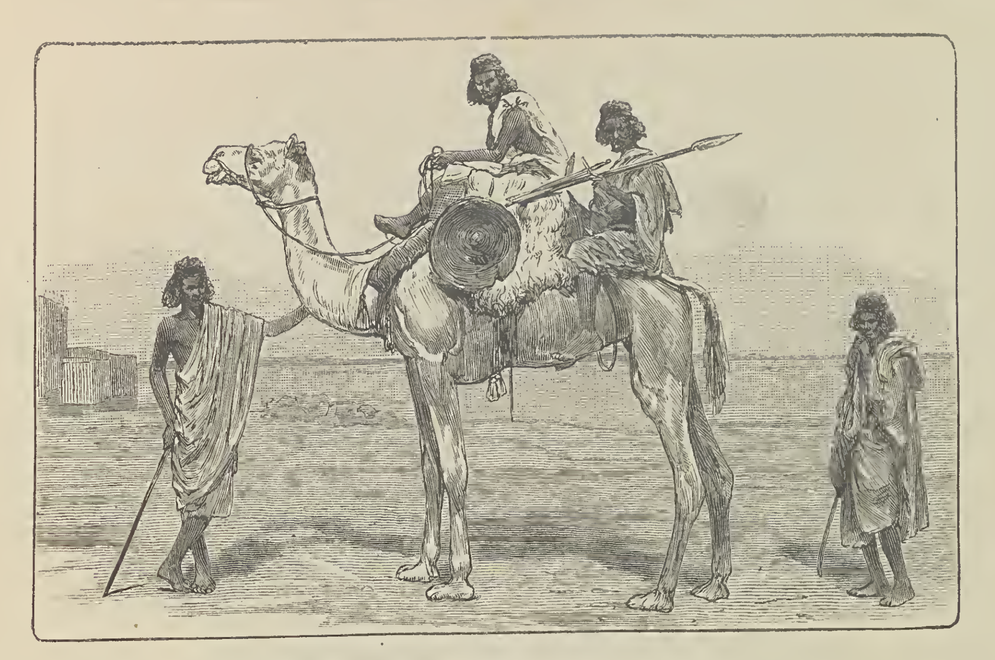
LOS VIGIAS, cuadro de E. Renouf, grabado por Baude (Salón de 1888)



MÚSICA Y VINO, cuadro de Francisco Vinea (grabado de Ernesto Mancastroppa)



TIRADOR SUDANÉS



HABENDOAS PARTIDARIOS DE OSMAN DIGNA



BEDUINOS DE PROCEDENCIA BISCKARI



«FUERTE DEL AGUA» PARA DEFENSA DE LOS POZOS DE SUAKIN

CASA DE OSMAN DIGNA





VISTA DE LA PARTE NORTE DE SUAKIN

TIPOS Y VISTAS DE SUAKIN (copia de una fotografía)

diese cuenta al Rey; pero éste hizo saber al presidente que ya estaba al cabo del suceso y había dado orden de prender á Liche y llevarle al castillo de la Alameda, prisión de Estado que ya había visto dentro de sus muros, veinte años antes, al gran duque de Osuna.

Al siguiente día, entre once y doce de la mañana, fué trasladado el magnate á su prisión, desde la casa de don Juan de Góngora donde estaba, conduciéndole en uno de los coches llamados *estufas*, donde le llevaba á su izquierda el alcalde don Bernardo de Bañuelos, pasándole por las calles Mayor y de Alcalá, con gran tropel de alguaciles y arcabuceros, mirado por el vulgo con espanto y sin lástima.

Señaláronle por jueces cinco oidores del Real Consejo, que fueron el ya nombrado don Gaspar de Sobremonte, don Francisco Baños y Manzano, don Francisco de Solís, don García de Porras y don Juan de Arce.

Para más agravar el delito de lesa majestad del marqués, quisieron sus enemigos añadirle la calidad de religión, y á tal objeto avivaron la instrucción del proceso que sobre los ya mencionados hechizos del Rey, seguía la Inquisición, haciendo que se nombrase para secretario del Tribunal de los cinco oidores mencionados, al secretario mismo del temido tribunal de la Fe.

Como la terrible nota que sobre el desatentado mozo había de echar el proceso, podía alcanzar no sólo á su buen nombre, sino al de sus parientes, era grande el disgusto que padecían el conde de Castrillo y el de Monterey, tío el uno, y hermano el otro del de Liche.

Alcanzábale también no pequeño al duque de Medinaceli, con cuya hija estaba casado Liche, así que entre todos procuraban dar traza para librar en el caso lo mejor posible, y empezóse á divulgar la especie de que el marqués estaba endemoniado, añadiéndose que los médicos darían firma sobre ello.

El oidor Sobremonte pretendía, y sobre ello se hizo consulta al Monarca, que declarasen en la causa no sólo el presidente de Castilla y el de Hacienda, sino el mismo Rey.

Elevárونse á éste súplicas por la esposa del delincuente y las duquesas de Feria, Lerma, Béjar y Arcos, y por el duque de Cardona, expresando este último que pues Liche se había propuesto vengarse de su igual el duque de Medina de las Torres y no ofender al Rey, quedaba suficientemente castigado con raparle, encerrándole luego, como á loco, en el hospital del Nuncio, en Toledo.

El Rey les oyó con benignidad, aunque con entereza, y es fama que alguna vez dijo «que se holgara de que aquel desavisado mozo se hubiera fugado, porque así hubiera salvado la vida».

En efecto, el marqués intentó por dos veces escaparse, viendo que no se le trasladaba á Madrid, á pesar de que se quejaba de que le había acarreado tercianas su prisión de Carabanchel.

La segunda vez que procuró la huida, consiguió salir de la prisión disfrazado de mujer, y cuenta que aunque apuesto, era el marqués sumamente feo de rostro. Logró atravesar de aquel modo tres cuerpos de guardia, llevándole hasta la marina, donde había un navío aprestado para recibirle, embarcándole metido en una gran caja, pero la demasiada prisa que se daban á colocarla en un batel, infundió sospechas á los guardas de mar y descubierto, fué puesto á buen recaudo.

El fin de todo fué que si bien los cómplices de Liche expiaron su culpa en el suplicio, el magnate pudo librar la cabeza, merced al poderoso influjo de sus encumbrados parientes y en especial porque el rey D. Felipe IV quiso hacerle tal gracia en memoria de los servicios que en la privanza le había prestado su padre, el buen don Luis de Haro marqués del Carpio.

Julio Monreal

BOSQUEJOS MADRILEÑOS

EL CAFÉ IMPERIAL

Es el fénix de los cafés, ha renacido de sus cenizas, aunque con un ala rota, el ala que da á la Carrera de San Jerónimo. El comercio, explotando sus vicisitudes, le ha mutilado. Ha quedado contrahecho, pero giboso y todo se ha levantado de su postración.

Los que asistimos á su nacimiento brillante, deslumbrador, no nos explicábamos su caída. En la vida de los cafés, hay misterios como en la humana.

Parecía como que el café Imperial debía estar exento de los embates de la suerte, y que el sol de su fortuna era gemelo del de la Puerta del Sol.

Y sin embargo, durante años y años ha estado á la sombra.

En vano hacía pinitos para levantarse, adquiría una existencia galvánica por un corto espacio de tiempo, y volvía á caer en la soledad.

Doña Marta Brevé, literata y filósofa distinguida, (Q. S. G. H.) lo cual quiere decir: *Que Salió Ganando Horas*, puesto que murió de una apoplejía fulminante, me decía á propósito del café Imperial:



SALIENDO DEL BOSQUE, cuadro de A. Moore

– Le sucede como á mí, á pesar de sus atractivos no consigue atraer á la gente, como yo, no obstante mi inaudita hermosura, me he quedado para vestir imágenes.

Y en efecto, un día de Carnaval vistió de pámpanos á Pelayo del Castillo.

Lo cierto es que tan benemérito café ha sufrido tremendas peripecias, ó mejor dicho, su larga existencia ha sido una continua peripecia de adversidad.

Ha visto prosperar á todos los cafés adyacentes que al lado suyo son chiribitiles.

Ha sufrido varias invasiones de los unos y de los otros: quiero decir de los cómicos y de los toreros. Sus dueños han estado tres veces á punto de quebrar. Tres de sus camareros se han vuelto locos de inacción.

Un lustro más, como dicen las académicos, y la catástrofe era inevitable.

Pero sonó la hora de la rehabilitación en el reloj de la Puerta del Sol, una hada benéfica, el hada de la música, lo tocó con su mágica varita, y he aquí al café resplandeciente, absorbente y vivificante.

Vivificante sí, porque no sólo se ha regenerado él, sino que ha devuelto nueva vida y dado como nueva cuerda á ciertas clases que se consumían en la tristeza, á las clases de individuos pensionistas por lo civil ó por lo militar, á esas clases decentes á las que repugnan el cante flamenco, los tangos verdes y otros excesos.

Como ya no se juega á los de prendas, esas clases á que aludo, se morirían de tristeza en las largas veladas del invierno, bostezando al lado del brasero y despilfarrando luz, ó de no, tenían que irse á un café cualquiera á oir hablar de política, de tauromaquia y de otras cosas ordinarias; pero las ha llegado su San Martín, quiero decir, que han encontrado honesto recreo compatible con sus recuerdos y aficiones.

El café Imperial ha renacido y les ha hecho rejuvenecer.

Seis apreciables concertistas, pólipos de la música, unidos á un piano por la vértebra de su habilidad musical, han operado este prodigio.

Desde que esta conjunción armónica se efectuó en el comedio del café Imperial, este abandonado local se ha transformado en cielo de la música clásica española.

Y las beldades, que lo eran á mediados del siglo, los conquistadores del antiguo Capellanes, los provincianos aficionados á la Zarzuela por todo lo alto, los músicos contemporáneos de Salas y de Arrieta, y en fin todos los que quisieran retener á lo antiguo que se va, sin excluir por esto los modernos adelantos, han encontrado en el *Imperial* un oasis nocturno henchido de los espejismos de su juventud.

Desde las nueve de la noche, el antes solitario local está lleno de bote en bote, tan lleno, que siguiendo la costumbre barcelonesa, individuos y hasta familias desconocidas se sientan á una misma mesa en amigable consorcio y comunismo: es una especie de pacto sinalagmático conmutativo y musical.

Esta costumbre no ofrece allí inconveniente y sí muchas ventajas y virtudes, porque las pláticas de los concurrentes tienen forzosamente que ser decorosas y discretas.

Por eso no concurren allí ni conspiradores, ni cesantes atrasados que hablen mal del Gobierno, ni timadores que den la última mano á sus proyectadas empresas, ni militares postergados y quejumbrosos.

Allí reina por completo el Arte divino, y excluye todo lo que sea vulgar. Nadie allí compra periódicos, tanto, que los expendedores de éstos han presentado su dimisión al dueño del café. En una ocasión quiso penetrar en él el *Corbatero del Pacífico*, pero tuvo que retirarse en vista de la hostil actitud de la concurrencia.

La orquesta que allí lanza sus acordes, es de buena fe y trabaja con conciencia y á destajo. Los profesores que la constituyen se compenetran en entusiasmo con el público que les escucha. Tocan de todo, pero hay una pieza en la que echan el resto.

Cuando el potpurri ó miscelánea, ó mosaico de las zarzuelas más conocidas, se deja oir, el café entero se estremece de alegría.

Los trozos musicales van pasando como figuras de mágica linterna de recuerdos, y las antiguas beldades y los tenorios averiados sienten un soplo de juventud.

Las notas alternan con los comentarios.

¡Guerra á muerte!... Eso lo estrenó la Santa María.

Ora pro nobis – dice un chusco.

¡Estebanillo! de Oudrid. ¡Qué hombre tan simpático y tan limpio! A mí me hizo el amor.

En las astas del toro, ¿de quién es la música?

De Manuel Domínguez alias *Desperdicios*, y así sucesivamente.

Cuando la orquesta termina la pieza, resuena un aplauso frenético.

Se repite la pieza y se repite el aplauso.

Es que los concurrentes se aplauden á sí propios y recuerdan con fruición sus pasados devaneos, y los innumerables niños y niñas que pululan por el café se impregnan en la buena música, y comienzan á detestar los *queos* y los *jipios* y demás monserga flamenca.

Por eso aquello es un cenáculo de la buena música, aunque se cena poco.

Porque allí lo que se toma, es un pretexto para oir, y evocar dulces memorias.

Pero se toma tanto, aunque al menudeo, que el dueño del café se está haciendo poderoso distrayéndose, que es el mejor modo de hacer fortuna, y los camareros sacan una soldada que para mí la quisiera.

Cuando algún chulo ó chula penetra allí incautamente, siente el mismo malestar de un diablo en una pililla de agua bendita y se va con sus chulerías á otra parte.

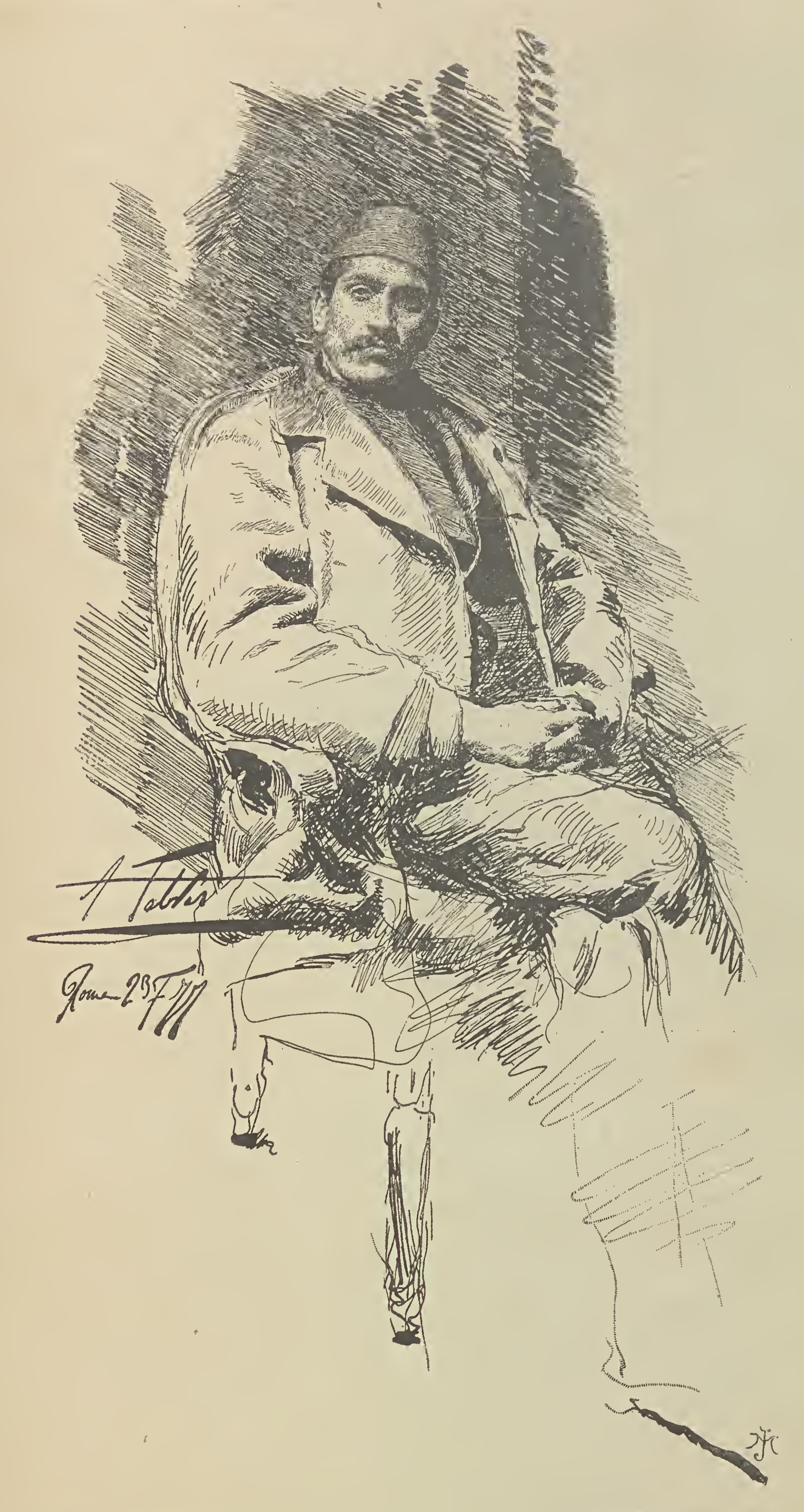
Y á las nueve de la noche, repito que el *Imperial* es un oasis semillero de medias tostadas de abajo, ciclón de melodías que se adhieren á los líquidos y sólidos que se consumen, y hace que los temperamentos de los concurrentes se trasformen en musicales.

El café *Imperial* ha suprimido este dictado soberano, por modestia ó democracia, pero los que hemos asistido á su nacimiento siempre le llamaremos por su nombre de pila; y yo, en atención á su utilidad y recreo, me atrevo á indicar al Gobierno que le eleve á la categoría de institución nacional.

Juan Bermúdez Escamilla

LOS DOS HERMANOS

De dos maridos que tuvo mi madre, nadie la oyó hablar jamás del primero, de modo que lo poco que de él he podido averiguar ha llegado á mis oídos por otro conducto. Creo que apenas hubo cumplido diez y siete años casáronla con un hombre que sólo contaba veintidós y que no bien se celebró la boda partieron los recién casados para el Cumberland en donde alquilaron una pequeña granja situada en las colinas; mas fuese porque los tiempos eran malos ó porque el joven arrendatario carecía de la necesaria experiencia, ello fué que sus negocios no marcharon como les habían hecho creer sus esperanzas y que minado por el dolor murió el infeliz muchacho tísico á la edad de veinticinco años. Mi madre se encontró, pues, viuda con la carga de un niño que apenas sabía andar y con la más grave todavía de una finca cuyo arrendamiento no expiraba hasta dentro de cuatro años. ¡Y si á lo menos esta finca hubiera dado buenos rendimientos! Pero ya he dicho que en manos del primer marido de mi madre había ido de mal en peor: los establos estaban vacíos, las epidemias habían diezmado los rebaños y las pocas reses que habían podido ser salvadas hubieron de venderse en la feria para pagar las deudas más apremiantes; el arca adolecía del mismo mal que los establos y para colmo de desdichas mi pobre madre estaba á punto de dar á luz un segundo hijo. ¡Cuán triste debió ser el primer invierno de su viudez! El país que habitaba es triste y agreste y las granjas que en él hay diseminadas distan á menudo una legua



ESTUDIO DEL NATURAL, dibujo de A. Fabrés *(Propiedad de la Excma. Diputación de Barcelona)*

unas de otras, lo cual hace imposible toda comunicación entre sus habitantes durante los rigores de la estación fría. La hermana de mi madre compadecida de su soledad fuése á vivir con ella y uniendo ambas sus esfuerzos, no dando paz á la aguja y velando las más de las noches, torturaban aquellas dos desdichadas criaturas su imaginación para hacer durar el mayor tiempo posible los chelines, á fuerza de penas ganados y economizados á costa de grandes privaciones. No sé cómo mi hermanita, á la que no pude conocer, cogió un sarampión que en una semana la llevó al sepulcro quince días antes de que viniera al mundo Gregorio. Este golpe era superior á las fuerzas de mi madre, que ni lágrimas tuvo para su hijita. Hame dicho tía Fanny muchas veces que en aquel entonces hubiera dado cuanto le quedaba en el mundo sólo porque se hubiesen humedecido los ojos de su hermana; pero la infeliz madre permaneció un día entero cabe la cuna de su niña, apretando entre las suyas las manecitas de ésta, y contemplando con terrible fijeza aquella pálida y hermosa cabecita, sin que una sola lágrima asomara á sus inmóviles párpados. Lo propio sucedió al día siguiente cuando de la vecina iglesia fueron á buscar el cadáver para darle sepultura: mi madre abrazó por vez postrera á su hija sin pronunciar una palabra y fué á sentarse al alféizar de la ventana para seguir con la vista la fúnebre comitiva compuesta de algunos vecinos, de mi tía y de un primo lejano, únicos amigos á quienes se pudo reunir para asistir á la triste ceremonia: el cortejo desfiló lentamente por un tortuoso sendero cubierto por la nieve que no había cesado de caer en toda la noche y que cual blanco manto se extendía por toda la campiña.

Al regresar del cementerio, tía Fanny encontró á su hermana sentada en el mismo lugar en que la había dejado y con los ojos secos como antes: ni una lágrima surcó sus mejillas hasta el día en que nació Gregorio, pero llegado este momento y como si de repente se hubiese abierto nuevamente en su corazón la fuente del llanto, lloró por espacio de muchos días y de muchas noches, y tanto y tan amargamente lloró, que su hermana y la mujer que con ella la velaba comenzaron á mirarse con ademán contristado y á preguntarse en voz baja qué podrían hacer para calmar á la recién parida, pero ésta les suplicó que no trataran de consolarla y procuró tranquilizarlas diciéndoles que aquellas lágrimas aliviaban á su pobre corazón, tan duramente oprimido durante tanto tiempo por la imposibilidad de llorar. Pasados unos pocos días no parecía ocuparse de otra cosa que de su tierno infante sin recordar, por lo menos así lo decía tía Fanny, al esposo y á la hija que descansaban en el cementerio de Brigham, pero como mi tía era habladora y comunicativa y su hermana, por el contrario, dada á la meditación y á la reserva, bien pudiera ser que aquélla se equivocara al interpretar como olvido el silencio de mi madre. Tía Fanny, algo mayor que su hermana, había conservado la costumbre de tratar á ésta como á una niña, lo cual no era óbice para que fuese una criatura excelente, llena de celo y de abnegación y mil veces más atenta que al suyo propio, al bienestar de su familia. En la época á que me estoy refiriendo ella era casi la única que proveía á la existencia de la pequeña comunidad con sus mezquinas rentas y con el trabajo de sus manos, pues su hermana á quien tantas lágrimas habían debilitado la vista, hallábase imposibilitada de dedicarse á los finos bordados y delicadas labores que le procuraran algunos recursos después de la muerte de su marido. Esto no obstante, era mi madre una mujer todavía joven y en opinión de cuantos la conocían, la más hermosa de todas las mujeres de diez leguas á la redonda. El debilitamiento de la vista que la impedía subvenir con su trabajo á sus propias necesidades y á las de su hijo, fué para ella una prueba terrible: en vano trataba la buena de Fanny de persuadirla de que la dirección de la granja y los cuidados que el pequeño Gregorio exigía, reclamaban todos sus instantes; la infeliz viuda no se dejaba convencer y harto veía que las cosas más indispensables escaseaban, que Fanny no comía su ración siquiera fuese de los alimentos más ordinarios y que Gregorio, niño delicado y de poco apetito, habría necesitado una alimentación más sustancial y más escogida que la que podía dársele.

Una tarde en que una de las hermanas le estaba dando á la aguja mientras la otra mecía á su niño sobre sus rodillas para hacerle dormir, Guillermo Preston, de quien soy hijo, vino á visitar á las dos solitarias. Era este sujeto considerado en el país como un solterón sobrado entrado en años para casarse, y se le creía poco ó nada dispuesto á tomar estado, pues al tiempo á que me refiero había pasado hacía algunos años de los cuarenta; era un rico propietario y se le calculaba la fortuna más redonda y más sólida de la comarca. Amigo en otra época de mi abuelo, había conocido á mi madre y á su hermana en los días prósperos de éstas. En esta primera visita que vengo narrando sentóse entre ambas, pasó largo rato dando vueltas al sombrero en sus manos, hablando poco, escuchando apenas lo que tía Fanny decía, y dirigiendo de cuando en cuando á hurtadillas miradas á mi madre. Durante las visitas sucesivas no dejó traslucir el menor indicio que pudiera explicar la asiduidad con que las visitaba, tanto, que las dos hermanas no supieron la causa de esto hasta que el rico propietario la hubo él mismo confesado. Un domingo, encaminóse mi madre á la iglesia dejando á Gregorio al cuidado de Fanny y permaneciendo en el templo más tiempo del que acostumbraba; á su regreso, en vez de entrar directamente en la cocina para besar á su hijo y saludar á su hermana, como siempre solía hacerlo, corrió á encerrarse en su cuarto en donde bien pronto la oyó sollozar tía Fanny: subir precipitadamente la escalera, llamar á la habitación de mi madre, echarle una tremenda filípica por haberse puesto en tal estado, y ordenarle que sin pérdida de momento abriera la puerta, fueron para mi tía obra de un momento. Mi madre, en cuanto hubo abierto, arrojóse anegada en llanto en brazos de su hermana, y entre sollozos le refirió que Guillermo Preston acababa de pedirle su mano, comprometiéndose solemnemente á encargarse del porvenir de Gregorio, á darle una buena educación y á asegurarle un porvenir, y que ella había consentido en ser su esposa habiéndose dado mutua palabra de casamiento. Esta noticia sorprendió no poco á tía Fanny y aun me temo que la disgustara algo: ya he dicho que en su sentir mi madre había sido sobradamente fácil en olvidar á su primer marido; pues bien, si de ello le quedaba una sombra de duda, este matrimonio tan precipitado la desvanecía por completo. Es más: tía Fanny no pudo menos de pensar que dada la edad de Guillermo Preston, mejor partido era para éste ella que esa rapaza de Elena que, aunque viuda, no contaba todavía veinticuatro años. Sin embargo, como observaba con muy buen juicio la prudente Fanny, desde el momento en que su parecer no había sido consultado por nadie, ¿por qué razón había de exponerlo? Por otra parte, este matrimonio tenía también su lado bueno; de algunos meses á aquella parte la vista de Elena se había de tal suerte debilitado que no era de esperar volviese á recobrarla y una vez esposa del rico Preston para nada la necesitaría y aun si se le antojaba podía permanecer todo el día mano sobre mano. Además, para una viuda joven y sin recursos no era chica carga un niño á quien educar, tarea para la que no era de desdeñar la autoridad de un hombre de bien y acomodado. Pensando de esta suerte tía Fanny acabó por reconciliarse de tal manera con la idea de matrimonio, que llegó á hablar de él con más frecuencia y gana que mi misma madre, la cual desde el día en que dió su palabra á Guillermo Preston no volvió á sonreir ni se atrevió, por decirlo así, á levantar los ojos del suelo. A partir de aquel momento también redobló la ternura que ya antes prodigaba no escasa á su hijo con quien sostenía animadas conversaciones cuando á solas con él se hallaba, sin calcular que el tierno infante era demasiado niño para comprender el sentido de sus plañideras palabras y para prodigarle otros consuelos que sus inocentes caricias infantiles.

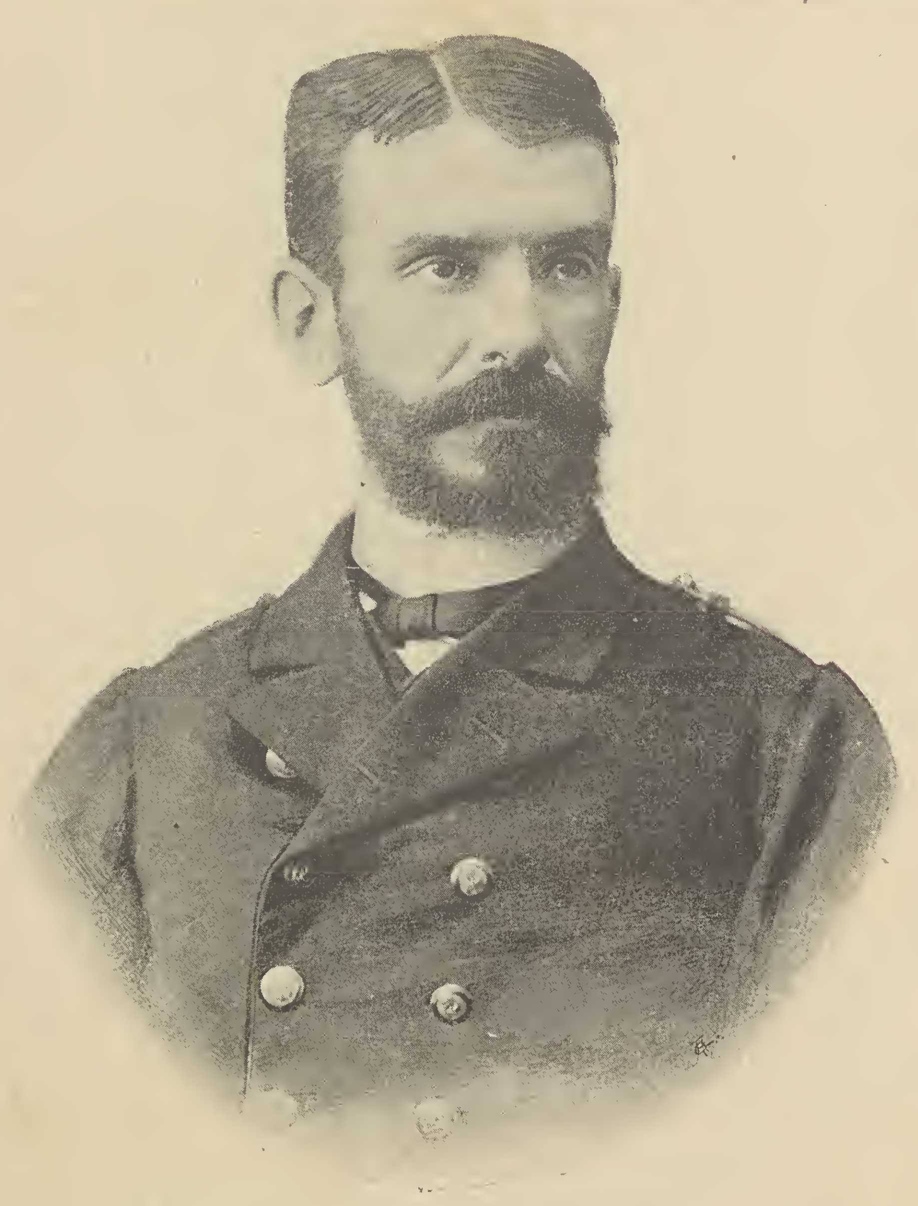
El día de la boda Guillermo Preston se llevó á su mujer para hacerla dueña de su rica alquería y tía Fanny regresó á su aldea distante unas dos millas escasas de la nueva morada de su hermana.

Tengo la íntima convicción de que mi madre hizo cuanto pudo por hacer feliz á mi padre á quien mil veces he oído decir que no había conocido otra mujer más respetuosa, más sumisa, ni más esclava de sus deberes; pero no amaba á su marido, el cual no tardó en darse de ello cuenta. Todo su cariño era para Gregorio: quizás el tiempo hubiera hecho nacer el amor si Guillermo Preston hubiese sabido esperar, mas éste no podía ver sin indignarse cómo la sangre acudía á las mejillas de Elena y cómo brillaban sus ojos apenas Gregorio se acercaba á ella, mientras que para él, para el marido de quien ella y su hijo dependían sólo tenía sumisión y respeto, dulces sí pero glaciales. Poco á poco mi padre llegó á echar en cara á su mujer el cariño que por Gregorio sentía y á concebir contra éste una invencible aversión. Celoso hasta la injusticia de este afecto que como fresco y abundante manantial brotaba de aquel corazón, seco para él, hubiese que-

rido que su esposa le amara más, y en esto sus deseos eran legítimos, pero quería que dejara de amar al niño y en esto aparecía poco razonable y sobrado cruel. Un día, exasperado, agriado su carácter desde hacía mucho tiempo, y devorado por la tristeza, mi padre se abandonó á su resentimiento enfadándose con Gregorio no sé por qué motivo; mi madre salió en seguida á la defensa de su hijo y mi padre en el colmo de la desesperación exclamó que era ya bastante alimentar y educar al hijo de un extraño para tener que sufrir encima que la propia esposa lo defendiera contra él y autorizara todas sus travesuras. Las disputas se envenenaron, la discordia se agravó y mi madre cayó enferma: en tan tristes días vine yo al mundo, llenando mi nacimiento á mi padre de alegría y de orgullo pero al propio tiempo de tristeza. Alegre y orgulloso de tener un hijo, apenábale el estado en que veía á mi pobre madre y al cual le había llevado él con su acceso de cólera. Era mi padre, sin embargo, de los que prefieren enfadarse á arrepentirse y de los que no gustan de reconocer y confesar sus culpas, así es que no tardó en echar sobre Gregorio la parte odiosa de todo lo ocurrido y de aquí que mi prematuro nacimiento fuera un nuevo motivo de agravio de Guillermo Preston contra mi infortunado hermano, agravio al cual se unió muy pronto otro más grave. Desde el punto y hora de mi nacimiento fué mi madre presa de mortal languidez; mi padre llamó á los más famosos médicos del condado y costa de su vida y de su fortuna hubiera querido el pobre hombre salvar á su esposa, si la salvación de ésta hubiese podido comprarse con sangre ó con dinero. ¡Pero en vano! Algunas veces he oído contar á tía Fanny que mi madre, cansada de la vida, habíase dejado morir lentamente por no querer hacer un esfuerzo para seguir viviendo: no obstante, siempre que la he obligado á hablar, la buena mujer ha convenido en que su hermana cumplió todas las prescripciones de los médicos con aquella sumisión resignada de que daba pruebas en todas las circunstancias de su vida. Un día, fué su última súplica, pidió que le llevaran á la cama á Gregorio y cuando lo tuvo á su lado tomó mi mano diminuta y la puso en la de Gregorio. Mi padre entró en aquel momento en el cuarto y viendo que á ambos nos miraba dulce y enternecida, se inclinó hacia ella, le preguntó cómo se sentía y echó al mismo tiempo sobre los dos tiernos hermanastros una mirada llena de grave benevolencia: entonces mi madre, sorprendiendo en su rostro esa expresión de bondad atrevióse á levantar los ojos y á enviarle una sonrisa ¡casi la primera que dirigía á su marido! ¡Y qué sonrisa! ¡Cuán dulce y agradecida! dice tía Fanny deteniéndose siempre en este punto cada vez que relata la escena. Una hora después, mi madre había dejado de existir.

Fanny se instaló en la granja de mi padre; esto era lo mejor que podía suceder en aquellas circunstancias, pues si bien el viudo hubiera deseado volver á su antigua vida de soltero, la carga de los dos chiquillos hacía necesaria en la casa la presencia de una mujer y esto sentado ¿quién más á propósito para ello que la hermana de mi madre? Tía Fanny me tomó, pues, á su cargo desde que nací y como durante mucho tiempo me crié débil y enfermizo, no se apartó noche y día de mi cuna. Tanto como á ella inspiraba cuidado mi salud á mi padre: trescientos años hacía que la finca que ocupaba se venía trasmitiendo de padres á hijos, de modo que aunque no por otra cosa la simple consideración de ser yo el vástago destinado á heredar su patrimonio hubiera sido bastante á los ojos de Guillermo Preston para estimar en mucho mi existencia. Pero para él era yo algo más que un heredero: aquel hombre severo é inflexible con todo el mundo necesitaba, sin embargo, algo en que depositar su cariño y ese algo fuí yo, como lo hubiera sido indudablemente mi madre si en la vida de ésta no hubiese habido un pasado que excitara sus celos. Por lo que á mí hace correspondíle con igual afecto; sí, le quería y quería á cuantos me rodeaban porque todos rivalizaban en demostrarme cariño y deferencias. Con los años desapareció la debilidad de mi complexión y acabé por ser un mozo apuesto y robusto: no había quien al verme no se detuviera para decirme algo halagüeño y cuando mi padre me llevaba á la feria parecíanle pocos cuantos requiebros se me dirigían.

(Continuará)



D. Isaac Peral, *inventor del barco submarino que lleva su nombre*

Vista exterior del submarino PERAL (reproducción fotográfica.)

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón